



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2016
Idamari Santiago Castro
EL HOARDING DESDE UNA MIRADA PSICOANALÍTICA
HOARD: EL TESORO ESCONDIDO
Revista Affectio Societatis, Vol. 13, Nº 24, enero-junio de 2016
Art. # 8 (pp. 100-114)
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Tipo de documento: Artículo de investigación

EL HOARDING DESDE UNA MIRADA PSICOANALÍTICA HOARD: EL TESORO ESCONDIDO

Idamari Santiago Castro¹
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras
ida.stgo@gmail.com

Resumen

En este artículo se presenta una reflexión psicoanalítica sobre el trastorno de acumulación compulsiva (hoarding), con el fin de trazar algunas coordenadas teórico-conceptuales para pensar la causa y lo que pudiera estar en juego a nivel psíquico y afectivo en los sujetos que padecen de esta particular compulsión a la repetición, sin dejar fuera la pregunta sobre cómo pudiera estar relacionada la acumulación compulsiva con la sociedad de consumo actual en la que estamos insertos. El propósito de esta reflexión no está dirigido a ofrecer respuestas contundentes sobre este trastorno o "des-orden", sino que más bien trata de puntualizar la importancia de pensar el caso por caso, y de articular preguntas que permitan al lector complejizar y profundizar sobre esta "nueva" modalidad de goce.

Palabras clave: "hoarding", acumulación, economía afectiva, compulsión a la repetición, clínica psicoanalítica, discurso capitalista.

HOARDING DISORDER FROM A PSYCHOANALYTIC APPROACH. HOARD: THE HIDDEN TREASURE

Abstract

This paper presents a reflection on hoarding disorder in order to trace some theoretical and conceptual coordinates to think about the cause and about what could be at stake at the psychic and affective level in the subjects suffering this

particular repetition compulsion. It also takes into account the question about the possible relationship between the compulsive hoarding and the consumer society we live in. The purpose of this reflection is not to offer conclusive answers on this "dis-order", but to try to punctuate the importance of thinking case by case, and of articulating questions that allow the reader to complexify and delve into this "new" modality of jouissance.

Keywords: hoarding, affective economy, repetition compulsion, psychoanalytic clinic, capitalist discourse.

LE HOARDING D'UN POINT DE VUE PSYCHANALYTIQUE. HOARD : LE TRESOR CACHE

Résumé

Cet article présente une réflexion psychanalytique sur le trouble d'accumulation compulsive (hoarding), dans le but de proposer quelques coordonnées théorico-conceptuelles aidant à examiner la cause et les enjeux psychoaffectifs chez les sujets atteints de cette particulière compulsión à la répétition. La relation de l'accumulation compulsive avec la société de consommation de nos jours est également examinée. L'intention de cet article n'est cependant pas de donner des réponses définitives par rapport à ce trouble ou "dés-ordre", mais de préciser l'importance de réfléchir sur chaque cas en particulier, ainsi que d'articuler des questions offrant au lecteur la possibilité d'analyser plus profondément cette "nouvelle" modalité de jouissance.

Mots-clés : "hoarding", accumulation, économie affective, compulsión de répétition, clinique psychanalytique, discours capitaliste.

Recibido: 17/04/15

Aprobado: 03/06/15

¹ Bachillerato en Artes con concentración en psicología y geografía de la Universidad de Puerto Rico. Se encuentra realizando estudios conducentes al grado

doctoral en filosofía con especialidad en Psicología Clínica en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

El Otro es el tesoro de los significantes, es el lugar de la lengua, que es la estructura,
y puede ser encarnado en distintos personajes a lo largo de la vida...
El Otro no es alguien, es un lugar en la estructura subjetiva... es una estructura social

Marina Lieberman Radosh, *El sujeto en el discurso psicoanalítico*

Es importante comenzar esta reflexión hablando sobre el nombre del desorden en la lengua inglesa. Cuando el signifiante *hoard* es utilizado como verbo, se relaciona con “acumular”, “amontonar”, “atesorar”, “retener”, “acopiar”, “acaparar”. Acumular, según el Diccionario de la Lengua Española (RAE, 2001), viene del latín *cumulus*, que implica “montón” o “conjunto de cosas sin orden unas encima de otras”. Amontonar contiene la palabra “monto”, que expresa “la suma de varias partidas” (RAE, 2001). El verbo retener proviene del latín *retinere*, que significa “impedir que algo salga, se mueva, se elimine o desaparezca”, así como “conservar en la memoria algo”, además de que también se relaciona con “reprimir o contener un sentimiento, deseo, pasión” (RAE, 2001). Por otra parte, acopiar, pronuncia la acción de “juntar, reunir en cantidad algo” (RAE, 2001).

Si estos significantes están asociados con el trastorno, no podemos prescindir de hacernos preguntas que nos permitan darle una mirada distinta a la planteada en el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales en su quinta edición, DSM-5 (Asociación Americana de Psiquiatría, APA, 2013), ya que “en el psicoanálisis no hay solución inmediata, sino solamente la larga y paciente investigación acerca de los porqués” (Lacan, 1974). ¿Qué acumula el *hoarder*? ¿Qué amontona, atesora, acapara, retiene?

Ahora bien, es importante rescatar que la palabra anglosajona *hoard* también señala la acción de atesorar, y cuando es utilizado como sustantivo, una de las formas de definirlo y nombrarlo es como “tesoro escondido”. La palabra tesoro proviene del latín *thesaurus*, y es definido por el Diccionario de la Lengua Española, RAE (2001) como “cantidad de dinero, valores u objetos preciosos, reunida y guardada”. También se define como “persona o cosa, o conjunto o suma de cosas, de mucho precio o muy dignas de estimación” (RAE, 2001). Y finalmente, desde la perspectiva del derecho, el tesoro es definido como “conjunto escondido de monedas o cosas preciosas, de cuyo dueño no queda memoria” (RAE, 2001). Pero, retomando la palabra latina *thesaurus*, es trascendental señalar que la misma implica “tesoro”, y de la cual se deriva la palabra “tesauro”, que es definido como “nombre dado por sus autores a ciertos diccionarios, catálogos o antologías” (RAE, 2001). De alguna manera, el tesauro es una especie de tesoro cultural, en donde, a su vez, se acumula, por así decirlo, el “tesoro de significantes”.

Todo esto es muy llamativo, y hasta pudiera parecer contradictorio, pues el entendido social, e incluso nosológico, que se tiene del sujeto que padece de *hoarding* está relacionado, para los otros, con los significantes: “basura”, “desecho”, “porquería”, “chatarra”, “escoria”, “inservible”, “inútil”, “limitado”, “mi-ser-able”, “viejo”. Es decir, para los otros, para esos otros que se quejan de estos sujetos, lo que estos acumulan es considerado como algo no valioso, como algo que dista mucho de un tesoro. Cabría preguntarnos, entonces, ¿qué tesoro esconde el *hoarder*? ¿O qué tesoro se le esconde? ¿Dónde está su palabra? ¿A dónde va su palabra? ¿A qué lugar la desecha?

Sin embargo, pensando una vez más en el nombre del trastorno, o mejor dicho, del llamado “des-orden”, el *hoarder*, ¿en realidad posee un tesoro escondido? ¿Tiene un tesoro y lo esconde? ¿Guarda un tesoro escondido? ¿Roba un tesoro y lo esconde? ¿Encuentra un tesoro escondido? ¿Compra un tesoro y lo esconde? ¿O simplemente busca repetida y compulsivamente un tesoro que ha perdido, pero que no sabe dónde lo perdió o dónde re-encontrarlo?

Pero el real tesoro escondido no está, falta. Si el *hoarder* lo poseyera, o lo tuviera –ya sea porque le fue dado, porque lo ha encontrado o recuperado–, o si no lo tuviera y lo comprara o lo robara, ¿por qué su compulsión a la acumulación? Si el sujeto tiene, posee o ha encontrado el tesoro que tanto busca y ha logrado esconderlo en algún lugar secreto, una vez más, ¿cuál es el sentido de su acumulación excesiva? Es decir, ¿por qué “acumular”, “amontonar”, “atesorar”, “re-tener”, “acopiar”, “acaparar”? Pero también debemos preguntarnos en este momento, ¿cuál es ese real tesoro para el sujeto? ¿A quién le pertenece? ¿Dónde supone que está ese tesoro escondido? ¿Qué función cumple en el sujeto la búsqueda de ese tesoro? Si está escondido, ¿presente y ausente a la vez?

La economía afectiva del *hoarder*: De la pérdida del objeto a la acumulación de objetos

El sujeto humano es un ser parlante y de cultura que se presenta estructuralmente dividido a causa de sus procesos inconscientes. Esa división deja huella, así como un residuo, un resto, que desde el psicoanálisis lacaniano se denomina como objeto *a*, y del cual el sujeto se halla radicalmente separado. El objeto *a* es un residuo real a partir del cual nace un sujeto simbólicamente en el campo del Otro, y es el que mueve al sujeto a buscar reencontrarse con el objeto perdido del deseo, jamás encontrado, pues está irremediamente perdido (Lacan, 1956-57). Entre el sujeto y el objeto causa de su deseo no hay encuentro ni relación posible. Lo que esto implica es que no hay correspondencia porque el objeto *a* falta.

Desde el psicoanálisis se habla de la “falta en ser”, pues el objeto *a* es lo que constituye esa falta en el ser del sujeto y, por consiguiente, quedará invisible e indecible en la conciencia. Sin embargo, cuando falta la falta el objeto *a* aparece y suscita la angustia, pues “la manifestación más llamativa de este objeto *a*, la señal de su intervención, es la angustia” (Lacan, 1962-63, p. 98). La presencia de la falta, por el contrario, implica que el objeto está velado. El objeto *a* no es representable, de este modo, cuando pensamos o creemos que lo hemos hallado, con lo que en realidad nos hemos encontrado es con un falso objeto *a*, con un objeto suplencia que nos mantiene en el engaño respecto a nuestra condición humana deseante (Lacan, 1962-63).

A diferencia del sujeto que plantea la filosofía clásica, por ejemplo, al que se le atribuye el ejercer control de sus elecciones a través de su conciencia y voluntad, el sujeto que plantea el psicoanálisis está en falta y afectado por las palabras que le vienen del Otro, que es el lugar de los significantes. Es decir, hay un inconsciente estructurado como lenguaje que determina al sujeto, aunque este no lo sepa o no tenga conciencia de ello. Debido al acontecimiento del nacimiento del sujeto al orden de la cultura, y por la renuncia pulsional que implica su humanización, es que se constituye como sujeto en falta, como sujeto deseante, y como sujeto afectado por esos significantes que lo marcan y que le vienen del Otro (tesoro de los significantes), y que lo enlazan y sujetan al Otro, aunque de este saber también se encuentra separado, pues es un saber desconocido para el sujeto.

El inconsciente, por así decirlo, atesora una verdad y un real tesoro que implica un saber desconocido del que está separado y del que no tiene o posee control y acceso directo. El sujeto humano, al ser marcado, afectado y determinado por el lenguaje, es decir, por el orden simbólico, algo pierde y algo se le pierde. Y en tanto perdido para el sujeto adquiere mayor valor. Cuando habla o cuando dice, algo siempre se le escapa, e

incluso dice más de lo que cree que está diciendo o de lo que quiere decir. Por esto, el sujeto no tiene plena conciencia de sí mismo, ni es un ser plenamente libre, sino que está sujetado al Otro de la cultura.

De alguna manera, tendrá que arreglárselas con la lógica inconsciente del “no-todo” que remite a la condición de incompletud en el humano. A causa de la renuncia pulsional para entrar al orden de la cultura y del lenguaje, así como de la pérdida del contacto directo con la cosa, el sujeto no puede con palabras decirlo todo, además de que tiene un cuerpo con límites, también afectado por el lenguaje, que tampoco le permite hacerlo todo, abarcarlo todo, acapararlo todo, tenerlo o re-tenerlo todo.

Pero, retomando el aspecto de los límites que impone el lenguaje, ya Lacan (1953) nos enseñó que la palabra mata la cosa y, de alguna manera, esa muerte de la cosa y ese asesinato por la palabra afecta al sujeto humano, implica un trauma, un duelo y un dolor. Pero no podemos olvidar, quizás paradójicamente, que esa palabra asesina que nos afecta también nos representa, nos nomina, nos dice, nos habita, nos crea, nos sostiene, nos cura y nos permite, en palabras de Valls-Carol (2007), abrir “nuevas vías para salir del goce del síntoma” (p. 12). En fin, las palabras son un verdadero tesoro. Es por tal razón que el psicoanálisis plantea una cura mediante la palabra, y en la clínica psicoanalítica se le da sostén y valor a la palabra de aquel sujeto que sufre de afectos penosos y del enigma doliente que le genera su síntoma y su goce. Para Lacan (1974), “el psicoanalista no tiene más remedio que ser el rey de la palabra... la palabra es la gran fuerza del psicoanálisis”.

Pero, para ilustrar mejor lo antes expuesto, particularmente en relación a la economía psíquica del sujeto, no podemos olvidar la primera “división” ya mencionada. El sujeto está dividido, ya que hay un saber inconsciente del cual está separado, sin perder de perspectiva que en esta división hay un residuo, un “resto”. Tampoco podemos olvidar que hay una “sustracción”, un menos, relacionado a la pérdida del contacto directo con la cosa, un menos implicado en esa renuncia pulsional para entrar al orden de la cultura y del lenguaje (el sujeto ya no puede aspirar a un goce sin límites), un menos relacionado a lo que se le escapa al sujeto cuando habla, y un menos vinculado a eso “de más” que dice al hablar, pero que desconoce y que está relacionado con ese saber atesorado de su inconsciente.

El origen del sujeto, de ese sujeto que habla y que ha sido humanizado en la cultura, ya sabemos que se da a partir de una renuncia y de una pérdida económica en términos psíquicos. Es por esto que desde el psicoanálisis se habla de un sujeto en falta, y es precisamente porque algo le falta que se constituye en sujeto de repetición y en sujeto deseante. Buscará, entonces, repetir a lo largo de su vida esa primera mítica experiencia de satisfacción, y vivirá buscando incansablemente aquello que siente que ha perdido. La pulsión, esa fuerza psíquica constante, se dirigirá hacia el objeto, por lo cual puede alcanzar su meta que es la satisfacción, aunque solo logrará conseguirlo de manera parcial (Freud, 1915).

La pulsión no se satisface de manera total, y es por esto que el sujeto tendrá que lidiar constantemente con los infortunios de su insatisfacción e insaciabilidad, pues lo que hace la pulsión es contornear el objeto, moverse alrededor de un vacío. No olvidemos que, para Lacan (1975-76), “la pulsión es el eco de que, en el cuerpo, hay un decir” (p. 18); un decir que convoca al goce, a ese más allá del placer al que apunta el deseo y que implica una relación perturbadora con el cuerpo del sujeto debido a que es un ser hablante (Lacan, 1971-72). En resumidas cuentas, hay una pérdida que coloca al sujeto en falta, y este buscará obturar esa falta, ese

menos, con diversos objetos de la realidad que representen ese más, esa suma, ese *plus*, con los que intentará compensar el desequilibrio estructural y así llegar a una cierta homeostasis psíquica.

Pero, desde la teoría psicoanalítica, sabemos que el objeto *a* es lo que falta. Soler (2011) nos dice: "...el objeto *a* es lo que falta y lo que todos los objetos que no faltan en la realidad intentan hacer olvidar" (p. 28). Luego añade: "...el sujeto es un sujeto completado que no piensa en su falta, pues los plus-de-gozar propuestos, unidos al más íntimo del fantasma, se empeñan en llenar la hiancia" (Soler, 2011, p. 29). Aquí está la pista del conflicto en juego en cada sujeto, pero de manera más contundente, visible y sobresaliente en los *hoarders*. Estos, a través de lo sintomático de su acumulación excesiva y compulsiva, y de manera muy evidente, intentan llenar, colmar, obturar su falta con los objetos de la realidad que acumulan y que no quieren "dejar ir", que en este caso son los objetos de producción/consumo o los plus-de-gozar.

Pero el objeto *a* no tiene imagen ni significante, por lo que no se ve ni se descifra, y corresponde a lo real imposible de re-presentar en lo simbólico e imaginario, pero que opera como causa de todo lo que el sujeto dice y hace (Soler, 2011). En otras palabras, no es un objeto de la realidad, no es concreto, no es tangible y, cuando se presenta, que siempre lo hace de manera parcial, surge la angustia en el sujeto, que es ese afecto que, para Lacan (1962-63), no engaña, precisamente, porque es real. "La angustia se caracteriza por tres rasgos: una amenaza oscura, sufrida, cuya naturaleza el sujeto no sabría decir, pero de las que no puede dudar que le concierne" (Soler, 2011, p. 25). El sujeto desconoce la causa de su angustia, pero sabe que la siente por sus manifestaciones corporales; no hay duda.

Todos los sujetos están en falta y en búsqueda, pues ya sabemos que es algo estructural. Pero algo muy sugerente ocurre en el caso del *hoarder*, quien crea una escena muy particular de acumulación y amontonamiento de objetos producción/consumo, curiosamente, en áreas de vida o *living areas*. Espacios de "vida" taponados de objetos "inanimados". Es importante hacer énfasis en que estos lugares repletos de posesiones suelen ser primordialmente la casa, y luego, el lugar de trabajo, de tal manera que el propósito para el cual fueron diseñados se pierde debido a la acumulación excesiva. El exceso de acumulación de objetos llega a convertirse en un impedimento para moverse dentro del espacio, haciendo imposible actividades importantes para la vida, como lo son, por ejemplo, comer, bañarse y dormir.

Debido a que el *hoarding* es un fenómeno enigmático y poco estudiado desde la clínica psicoanalítica — entre muchos factores, porque estos sujetos no suelen acudir a la clínica, ya que entienden que sus creencias y comportamientos relacionados a la acumulación no son problemáticos—, queda abierta la pregunta por la estructura. Pues, si bien se puede pensar el *hoarding* como un síntoma a partir de una fijación retentiva que solemos observar en la neurosis obsesiva, también se puede pensar a partir de la dificultad en la psicosis para la cesión del objeto *a*. Por lo que habría que dejar puesta la interrogante sobre si el *hoarding* es un fenómeno transclínico que pudiera observarse en cualquiera de las estructuras subjetivas.

No obstante, debido a la escasez de fundamentación clínica al respecto, se propone pensar el *hoarding* como un síntoma que da cuenta de una de las modalidades de goce que privilegia nuestra época, el goce de la acumulación excesiva, que, en palabras de Gómez (2013), implica "la desmesura de la pulsión" (p. 101). Este goce está relacionado con la demanda del Otro que le pide al niño que retenga el excremento, y luego que lo

suelte (Lacan, 1962-63). De este modo, se instaura en el niño la dimensión de la satisfacción del control sobre su cuerpo.

Desde el psicoanálisis, sabemos que el síntoma es lo que insiste y se repite, y es una creación inconsciente que le permite decir al sujeto algo de lo que padece y sufre, pero que se le dificulta decir de otro modo. Sin embargo, no podemos perder de perspectiva que el síntoma solo puede interpretarse bajo transferencia. A diferencia del *acting out*, por ejemplo, no es llamada al Otro, pues “el síntoma, en su naturaleza, es goce” (Lacan, 1962-63, p. 139). Es decir, se basta a sí mismo y se dirige hacia la cosa. A este respecto, tampoco podemos olvidar la lógica del “no todo” y de los límites que impone el lenguaje, por lo cual “no todo” puede representarse o decirse con palabras. En este sentido, aunque en el síntoma hay algo del orden del significante, también hay algo que escapa a ese orden, que es esa cuota real.

El *hoarder*, a través de su acto de acumulación y del evidente síntoma del cual goza, que no es de conversión, es decir, que no habla en el cuerpo, algo dice de su trauma, no con palabras, pero sí a través de su acto repetitivo. Para precisarlo mejor, su repetición de acumulación es sintomática, sin perder de perspectiva, “que su retención excesiva está vinculada a la fase anal” (Gómez, 2013, p. 101), y su deseo de retener se manifiesta como compulsión (Lacan, 1962-63). Ahora bien, ¿por qué el *hoarder* queda fijado a su respuesta de esa primera demanda de retención del Otro, y no así a la subsecuente demanda de soltar? ¿Es capaz de dar el don de amor? ¿Es capaz de aportar a la satisfacción del Otro al responder a su demanda?

El *hoarder* se caracteriza por su dificultad de “descartar”, “deshacerse” y “separarse” de sus posesiones a pesar de su valor actual o del valor que los otros le puedan atribuir a las mismas, así como por sufrir una gran angustia al tener que deshacerse de sus objetos, lo que resulta en una acumulación excesiva. Suelen recolectar, comprar y/o robar objetos que no son necesarios, o para los que no hay suficiente espacio. El *hoarder*, a través de su repetición compulsiva, va de la pérdida del objeto a la acumulación de objetos. Otra forma de decirlo, es que va de la pérdida del objeto real a la acumulación de objetos de la realidad, que son objetos suplencia de la falta, pero que no son capaces de obturarla.

Pero el *hoarder*, sin saberlo, no quiere saber nada de su castración, de su falta en ser, de su falta en gozar, de su falta en saber. Por eso repite compulsivamente, pues en su repetición busca evitar el tener que recordar el trauma de su carencia, además de que busca el objeto perdido del deseo sin saber que esa búsqueda está destinada al fracaso. Lo paradójico de su situación es que busca el objeto perdido entre los objetos de su acumulación como si estuviera ahí, entre un montón de cosas, y solo habría que excavar para re-encontrarlo. De alguna manera —que habrá que explorar en el caso por caso en la clínica, a través de sus palabras y de su historia—, el *hoarder* siente que ha perdido demasiado, y eso lo lleva, a su vez, a acumular demasiado. Busca compensar y re-compensar lo perdido hasta el desenfreno y la locura.

No soporta la pérdida, el vacío, la castración, la falta. Muchos *hoarders*, cuando se ven compelidos a botar alguno de sus objetos, e incluso cuando están a punto de hacerlo, se tambalean, dudan, pues se sienten responsables por el destino de sus posesiones, además de que sienten un gran temor a perder información valiosa e importante que puedan llegar a necesitar en algún momento. Esto es sumamente interesante, pues la demanda del Otro es: “guárdalo, dalo”. A lo que el sujeto responde con una pregunta que manifiesta su duda: “Y, si lo doy, ¿a dónde va?” (Lacan, 1962-63, p. 325)

ese objeto que el sujeto no puede evitar retener como el bien que lo hace valer, tampoco es otra cosa, en él, más que el deyecto, la deyección. Son las dos caras por las que el objeto determina al sujeto mismo como compulsión y como duda (Lacan, 1962-63, p. 356).

A este respecto, se puede pensar sobre lo que se menciona en el DSM-5 (APA, 2013) —en donde podemos encontrar una impresionante acumulación de trastornos y desórdenes—, en relación a la tendencia al perfeccionismo y a la dificultad que tienen estos sujetos de poder elegir. La perfección es un ideal inalcanzable, y quien es perfecto está completo, no tiene que elegir, es decir, no tiene que enfrentarse con la castración, pues todo lo tiene, no le falta nada. En todo caso, no es un sujeto. Pero la inmensa dificultad del *hoarder* para descartar o “dejar ir” sus posesiones podría estar relacionado, en algunos casos, con un impresionante aferramiento al ideal de perfección, de totalidad, de completud.

El *hoarder* busca descartar la falta, y busca que opere en su psiquismo la lógica del todo, menos aceptar el vacío y la incertidumbre de la existencia. También es como si algo de su ser lo poseyeran esos objetos, y perderlos implicaría perderse. Es como si dijeran en su fantasma “soy lo que tengo, tengo lo que soy”. Muchos de estos sujetos llegan a confundirse con sus objetos o posesiones, y dejan de “ser” para “tener” y para “tenerse”, por eso buscan llenar y cubrir por completo las áreas de vida como si no les hicieran falta. Incluso, en su afán de acumulación —en unos casos más organizada que en otros—, no solo intentan transgredir el decreto inconsciente del “no-todo”, sino que en la realidad muchos llegan a transgredir la ley social mediante actos de robo. En todo caso, hay una gran dificultad para asumir el límite, y si el límite no opera no hay otro destino para el sujeto que la compulsión hasta el desenfreno o hasta la muerte.

En este momento es importante puntualizar que los otros que suelen quejarse de las compulsiones del *hoarder* lo describen, en los casos más extremos, como enterrados en vida entre sus objetos miserables, confundidos con el desecho y la basura, y sus casas convertidas en una especie de tumba, donde todo, hasta el propio sujeto, pareciera convertirse en un ser inanimado, en un ser alienado y separado de los otros y del Otro, que, de alguna manera, ha dejado de hablar y que retiene para sí sus palabras, sus significantes atesorados.

Parecieran convertirse en seres que no se mueven sino entre sus objetos, y que no desean más allá del deseo de retener, privándose así de la vida y del lazo social. En este sentido, en los casos más extremos, la homeostasis psíquica se pierde y la pulsión de muerte avanza en su recorrido. No olvidemos la famosa historia de los hermanos Collyer, a quienes encontraron sin vida en su casa de cuatro pisos en Harlem, Manhattan, después de varios intentos de excavación. Estaban enterrados y aplastados por sus tesoros pesados, o, según nos recuerda Soler (2010), en términos freudianos, sufrieron el “aplastamiento por el objeto” (p. 75). Pero, con todo y los objetos de producción/consumo que acumularon, y con los cuales quizás se identificaron, no pudieron obturar la falta de objeto, no pudieron evitar la muerte, sino que la precipitaron. La historia cuenta que llegaron a acumular casi doscientas toneladas de tantos y diversos objetos, que algunos no podían ser nombrados porque simplemente eran escombros, sobras, residuos, restos de cosas.

En esto el *hoarder* se diferencia del coleccionista. Lacan (1959-60), en el seminario sobre la ética, nos aclara que una colección no tiene que estar obligatoriamente compuesta por una diversidad de agrupaciones, sino que consiste en agrupar los objetos de una manera extremadamente agradable provocando una satisfacción ornamental. En la colección suele haber un ordenamiento estético particular de los objetos que

están ubicados en el espacio de una cierta manera y en relación con los otros. En este seminario de la ética nos ofrece el ejemplo de la caja de fósforos; sin embargo, nos dice que lo principal de la colección no reside en la satisfacción que provoca desde un punto de vista ornamental, sino que lo esencial está en la novedad que implica el agrupamiento de las cajas de fósforos vacías.

La caja de fósforos, en este ejemplo, expuesta en su multiplicidad y en cierta disposición, ha sido elevada al estatuto de la cosa. Para Lacan (1959-60), la razón del coleccionista no es la utilidad del objeto, sino esa “cosa” que subsiste en la caja de fósforos y que está ahí destinada a hacerla sensible ante nuestros ojos, pues se trata de la revelación de la “cosa” más allá del objeto. Para Lacan (1959-60), el coleccionismo es la forma más inocente de la sublimación, y se trata de una satisfacción que no pide nada a nadie. Quizás por esta razón, ¿quién se queja del coleccionista?

En el *hoarder* parece haber una gran vulnerabilidad psíquica, un gran dolor y una particular melancolía ocasionada por la pérdida, pues de alguna manera siente que ha perdido un objeto, pero no sabe lo “que perdió en él” (Freud, 1917, p. 243). En la serie documental *Hoarders*², muchos de estos sujetos descubrieron haber comenzado a acumular y a adquirir objetos de manera compulsiva después de una pérdida de amor significativa. Sin embargo, parece que estaríamos hablando de una melancolía distinta, porque la libido libre no se retiró sobre el yo, como sucedería en la melancolía descrita por Freud en el texto *Duelo y Melancolía* (Freud, 1917), ni se desplazó a otro objeto, sino que se lanzó a los objetos suplencia de la falta, a los objetos de producción/consumo, a los objetos inanimados, a los objetos de desecho, a los objetos poseídos con los que el sujeto se identifica de manera narcisista.

Es decir, de alguna manera en el *hoarder* hay una cierta regresión de elección narcisista de objeto. Los objetos que le pertenecen son objetos “su-yos”, son sus “yo-objetos” en los que, de una forma u otra, el sujeto se reconoce y se identifica, y por la captura de esa identificación queda fijado. Pero si pensamos la relación sujeto/objeto, en los casos más extremos de *hoarding*, “se pasa a una relación invertida: el objeto determina, posee al sujeto” (Santiago-Lucerna, 1999, p. 28). El *hoarder* se aferra a esos objetos inanimados para sentir que tiene pleno control sobre ellos, pues no se mueven por sí solos, no tienen vida, no se van a ir si no los deja ir.

No olvidemos que para Lacan el objeto *a* como *plus* de goce da cuenta de ese resto que escapa al goce revelando la imposibilidad estructural de la satisfacción total y absoluta (Lacan, 1969-70). Estos *a* pueden ser los objetos del mercado, los *gadgets*, el desecho. Pero, ahora bien, ¿contra qué objeto el *hoarder*? ¿Contra la castración? ¿Contra el corte? ¿Contra la separación? ¿Contra la pérdida? De algún modo, algo del “orden” de la castración, del corte, de la separación, de la pérdida, no está operando, por lo que esto imposibilita que se mueva el deseo. ¿Tendrá esto que ver con el discurso que impera en nuestros tiempos? ¿Con ese discurso que pretende anular la castración y que perversamente busca confundir deseo y goce, y al sujeto con el objeto? Este asunto lo retomaremos más adelante.

El *hoarder*, mientras vive para la acumulación, para compensar ese “menos” con el “más” de los objetos de consumo, curiosamente queda en una inmensa deuda afectiva con los otros, con el Otro y consigo mismo.

² Serie documental transmitida por A & E Networks en los Estados Unidos (EE.UU) a partir del 2010.

Es decir, queda en deuda con su propio deseo, pues pareciera que vive para gozar de su síntoma, y ha olvidado su responsabilidad como ser deseante marcado por la castración. El *hoarder* es aquel que no puede parar de acumular, ni separarse de sus objetos, porque en realidad no sabe se-parar-se, ni ser para ser. Por el contrario, se encuentra dominado y poseído por esos objetos externos a partir de la lógica del tener.

Pero no podemos perder de perspectiva que, desde una mirada psicoanalítica, ese acto de no botar nada y/o de acumular repetidamente diversos objetos, apunta a la verdad del sujeto. Si pensamos el *hoarding*, por ejemplo, a partir de la clínica de las neurosis de transferencia, no podemos olvidar, en palabras de Freud (1914), que se trata de “eso reprimido que se exterioriza en el síntoma” (p. 154). El trabajo del analista implica lo siguiente:

Se dispone a librar una permanente lucha con el paciente a fin de “retener” en un ámbito psíquico todos los impulsos que él querría guiar hacia lo motor, y si consigue tramitar mediante el trabajo del recuerdo algo que el paciente preferiría descargar por medio de una acción, lo celebra como triunfo de la cura. Cuando la ligazón transferencial se ha vuelto de algún modo viable, el tratamiento logra impedir al enfermo todas las acciones de repetición más significativas y utilizar el designio de ellas como un material para el trabajo terapéutico (Freud, 1914, p. 155).

El sujeto que padece de *hoarding*, de su re-petición sintomática y compulsiva, sufre. Padece de un goce mortífero que consume su ser de deseo y, de alguna manera, se vuelve solo en ser de desecho. Por lo que el trabajo desde el psicoanálisis se trata de que el sujeto pueda escuchar, a partir de lo que dice, esos significantes que lo han marcado y que lo han afectado. En otras palabras, que mientras habla pueda recordar dónde está su “tesoro escondido”, para que así logre depositarlo bajo transferencia en ese cofre que es el lugar del Otro, el lugar de los significantes.

Se trata de retener, a partir del encuadre transferencial, y retomando a Freud (1914), “en un ámbito psíquico todos los impulsos que él querría guiar hacia lo motor” (p. 155). Pero para esto, el sujeto debe estar en la disposición, a partir de su deseo de saber sobre su síntoma y su goce, de permitirse que se le escapen o se le pierdan algunas palabras, es decir, algunos tesoros mientras habla y mientras dice. Y, volviendo al referente de la economía psíquica, sí, hay una pérdida, un vaciamiento por parte del sujeto, pero hay una ganancia en el recuerdo, en ese acto de volver a pasar por el corazón, aunque, sin lugar a dudas, no es trabajo fácil el tener que hablar de su sufrir, de sus pérdidas, de sus duelos, de sus dolores, de sus vacíos, de su falta, de sus ausencias y presencias, de su angustia.

En la cura psicoanalítica no se busca que el sujeto continúe descargando, por medio de su acción sintomática, aquello doloroso de lo que se resiste a hablar, sino que pueda descubrir otras posibilidades y encontrar un límite en la palabra que lo proteja del desenfreno de su compulsión a la repetición. Y si el trabajo se tratara de una excavación, en todo caso sería de una excavación simbólica. El sujeto jamás podrá hablar de su real tesoro, pero sí del verdadero, aunque sea a medias. Y el rey de la palabra, que en términos lacanianos es el analista, es aquel a quien el sujeto supone que tiene el cofre con el a-tesoro real escondido, la causa de su deseo.

El *hoarding* y la sociedad de consumo actual

Y uno de los avatares de la cultura es la acumulación que pretende paliar la ausencia. Acumular implica aumentar la cantidad de objetos que se poseen, llegar a un cúmulo, y ergo, colmar.

Ana María Gómez, *El psicoanálisis marca registrada*

Tener para ser, tener en vez de ser, pareciera ser el horizonte de nuestros tiempos que queda ilustrado con sombría contundencia en el escenario que resuena con la analidad, la acumulación y la insaciable avaricia.

María de los Ángeles Gómez, *El acto analítico ante las desmesuras de la acción humana*

En este apartado nos proponemos reflexionar sobre la subjetividad de nuestra época, y vincular el *hoarding* al sin resto que propone el discurso capitalista. No perdamos de perspectiva, tal como lo afirma Soler (2008), que “con la noción lacaniana de discurso —Freud hablaba de cultura— Lacan intentó introducir, a partir de la experiencia analítica, algo que concierne al conjunto de las colectividades” (p. 23).

Vivimos en unos tiempos donde el imperativo que le llega al sujeto del Otro de este discurso es: ¡Produce-Consume! “Producir para consumir, y consumir para sostener la producción” (Soler, 2008, p. 27). Se trata de un Otro que, para Del Pozo (2005), “le orientará hacia el más y más y más de satisfacciones encerradas como promesas en los objetos de presentación atractiva —que se ponen a su disposición” (p. 23). Como sabemos, debido a la renuncia pulsional para acceder al orden de la cultura, el sujeto buscará recobrar el goce perdido a través de la recuperación del objeto pulsional al cual está fijado en su fantasma, y esa recuperación parcial de satisfacción es lo que se llama el *plus* de goce. Es a partir de esta lógica en la estructura que el sujeto logra engancharse fácilmente a este discurso, ya que se le ofrece una multiplicidad de objetos (*gadgets*) con promesas de garantías, pero sabemos que son solo falsos objetos, vanas promesas.

El discurso capitalista es un falso discurso, un circuito cerrado. El gran Otro capitalista no funge como tesoro de significantes, sino como lugar de significantes ilusorios, lugar de tesoros engañosos que aplasta al sujeto con su imperativo de gozar, proponiendo un goce sin dialéctica bajo la lógica imposible del “todo” y del fetichismo totalizante de la mercancía, anulando la lógica de la castración y de lo real imposible. Se trata también de un discurso que busca desdibujar la singularidad mediante la homogenización del goce.

El sujeto de nuestro siglo se haya desorientado y confundido, pues cada vez “más” parece disponer de cada vez “menos” referentes simbólicos que le permitan sostenerse y asumir ciertos límites amparadores. No hay duda, el sujeto de nuestro siglo está viciosamente presionado, por eso sufre de de-presiones y de altas-presiones. Está presionado a producir más aceleradamente, más allá incluso de sus posibilidades, pues en un abrir y cerrar de ojos el objeto que produce se vuelve rápidamente “inútil”, “inservible”, “obsoleto”, “viejo”. Todo pierde atractivo de manera más veloz.

También es un sujeto presionado a consumir, es decir, a gozar de un consumo desmedido y sin límites (ilimitado). Y sabemos que esa orden que le viene del Otro del discurso capitalista, en tanto mandato, no entra en la lógica ni de la necesidad ni del deseo, sino que es más un deber, una exigencia que este discurso disfraza

como derecho a gozar de todo lo imaginario que el mercado le ofrece, le oferta y le promete, haciendo uso de significantes seductores, pero que esconden solo falsas promesas. El discurso capitalista ordena a gozar de sus objetos, y también busca ordenar y reglamentar los goces de los sujetos, y uno de ellos es el de la acumulación compulsiva, el *hoarding*. Pareciera ser un discurso afanado en dar “órdenes” y en “ordenar” para sostenerse.

La desmesura de acumulación se vuelve desorden cuando deja de ser capitalizable: trastorno de acumulación o el mal llamado síndrome de Diógenes. Y se ha llevado a la pantalla chica la exhibición de los trágicos escenarios vitales de personas diagnosticadas con “ese trastorno” y su posible tratamiento a través de “organizadores profesionales” o “especialistas de limpieza extrema”. La primera temporada de la serie fue una de las más vistas en la historia de la cadena televisiva. Allí las modalidades de goce se trenzan y dejan ver el rostro más opaco y perverso del discurso capitalista, los sujetos no son sólo arropados por sus objetos de desecho y acumulación sino que advienen a ser patéticos objetos de entre-tenimiento del capital: objetos en la interminable colección del capital (Gómez, 2013, p. 102).

El discurso capitalista se nutre del aburrimiento y del entretenimiento, se nutre del vacío existencial del sujeto y de su búsqueda incansable de satisfacción y plenitud. Busca producir, a modo de objeto, sujetos aburridos que busquen vigorosamente entretenerse y gozar de lo “nuevo”, de lo opacamente nuevo. Por eso, ahora en la clínica encontramos cada vez más sujetos deprimidos, ansiosos, frustrados, aburridos, angustiados, profundamente insatisfechos, que incluso, en muchos casos, padecen de una enorme dificultad para poner en palabras su sufrimiento. La sociedad de consumo actual busca darle “delete” al pasado, a los recuerdos, pues todo eso queda en la lógica del “desecho”, de lo “viejo”, de lo “inservible”. Se trata de ese “borrón y cuenta nueva” tan popular que muchos sujetos hoy en día asumen como su verdad.

El discurso capitalista no implica un lazo social, sino un lazo con los objetos de producción-consumo, o plus-de-gozar. Es decir, es un discurso que produce un lazo, pero no entre *parteneaires* humanos, sino con los objetos del mercado, con los “plus de goce”. Es como si todo lo que este discurso tocara lo convirtiera, no en oro o en un tesoro —a diferencia del rey Midas—, sino en un producto, en algo mercadeable, acumulable. El discurso trata al sujeto como un objeto, y es por esto que el sujeto se confunde con sus objetos, con sus posesiones pues, además, es un discurso que busca la negación de todo *resto* que venga de ese real imposible de representar, que a su vez da cuenta de ese *resto* de goce que no logra satisfacerse con el objeto de consumo (Lacan, 1969-70). Sabemos que el deseo humano nunca se colma con el objeto ni con los objetos. Quizás podríamos decirlo así: no se colma ni en singular ni en plural: “...el plus de goce producido por la civilización, todos esos *gadgets*, no logran apagar la aspiración humana sino que, por el contrario, acrecientan el sentimiento de falta que puede ser devastador” (Soler, 2008, p. 31).

Podemos pensar el goce del acumulador compulsivo en términos de un síntoma que esconde algo singular de cada sujeto que lo padece, pues su síntoma habla de sujetos que llegan a enfermar de goce. Pero también podemos pensarlo, como lo estamos haciendo en este apartado, en términos sociales más amplios como un síntoma de nuestra época, como un síntoma del propio discurso capitalista, donde se deshace el lazo social.

¿Por qué un síntoma de nuestros tiempos? Para Lacan (1974a) “sólo hay síntoma social” (p. 86), y parece haber algo de disidencia social en algunos de estos sujetos. Aunque están atrapados en la lógica de consumo, acumulación y negación de la castración que promueve este discurso —y aunque muchos de ellos, por otro lado,

presentan este síntoma a causa de una gran pérdida real y/o verdadera, que los ha dejado en un enorme vacío que pretenden llenar con objetos del mercado-, paradójicamente, algo están diciendo con ese “acumular”, “acaparar”, “retener” la “basura”, el “desecho”, lo “inútil”, lo “inservible”, lo “viejo”, lo “miserable”.

De alguna manera, aunque inicialmente haya *hoarders* que acumulen cosas que son “nuevas”, que acaban de comprar en una tienda, y que quizás no han usado ni usen nunca, a poco tiempo el decreto de este discurso es que son “viejas”, y hay que botarlas, deshacerse de ellas, para buscar eso “nuevo” que representa una nueva promesa de goce, pero que deja de ser “nuevo” cada vez “menos” tiempo y cada vez “más” rápido.

Ese “más”, ese “plus-de-gozar” de la acumulación, proviene del “menos” de la falta en ser del sujeto, de la mortificación del lenguaje en el viviente, que expulsa al goce. El *hoarding* podría pensarse como uno de los síntomas del exceso y la desmesura de nuestro tiempo. Es el síntoma del sujeto aplastado por los objetos del mercado, que rápido se vuelven desecho debido al régimen del tener, pero del tener siempre lo “nuevo”. Por lo que acumular lo “viejo” podría pensarse como una disidencia.

El significante mata la cosa, ya lo sabemos, pero aquí los objetos que el *hoarder* acumula matan al sujeto, lo entierran vivo hasta causarle la muerte. En un discurso donde nada se pierde y todo es acumulable, y en el cual no opera la castración, ¿dónde queda el sujeto deseante? ¿Dónde queda ese sujeto en búsqueda de su a-tesoro? No olvidemos que el estatuto del objeto *a* es el de aquello que puede representar mejor el goce del Otro, que remite a lo imposible de decir, a lo real.

Conclusión

La reflexión no concluye, apenas está en sus comienzos. Es trascendental seguir pensando y teorizando al respecto desde posturas complejas como el psicoanálisis, que a su vez nos brindan un terreno fértil para pensar las repercusiones que tienen los modos de goce que privilegia nuestra época, no solo respecto al lugar que ocupa el sujeto en el siglo XXI, sino también en la clínica de nuestros tiempos. Debido a que la fenomenología del *hoarding* ha sido poco estudiada desde el psicoanálisis, queda abierta la pregunta por las estructuras subjetivas. Habría que esclarecer si la fenomenología del *hoarding* solo la observamos en las neurosis obsesivas, tal como parece apuntar el DSM-5 al ubicarlo bajo los trastornos obsesivos, o si se trata de una fenomenología transclínica que puede observarse en la psicosis, por ejemplo, en relación a la dificultad de la cesión del objeto *a*. También queda abierta la pregunta de lo que podría llevar a un coleccionista de nuestros tiempos a una acumulación desenfadada y sin límites.

Debemos seguir reflexionando al respecto, a partir de fundamentaciones clínicas que nos permitan sustentar teóricamente lo que ocurre en la subjetividad de los llamados *hoarders*. Como sabemos, no hay sujetos iguales, tampoco hay homogenización posible del goce, por lo que es importante que en la clínica a ese sujeto al que llaman *hoarder*, que tiene un nombre, una historia y unos significantes que le vienen del Otro, y que lo han marcado en su singularidad, se le pida que hable. Si hay una orden, es esa, ninguna otra, pues, si de algo se trata el trabajo en la clínica psicoanalítica, es que el sujeto pueda pasar del goce de la acumulación (un goce sin dialéctica) al goce de la palabra, y en ese movimiento descubrir esas verdades atesoradas del inconsciente, aunque sea, por así decirlo, a medias.

Referencias bibliográficas

- American Psychiatric Association, APA.** (2013). *Obsessive-compulsive and related disorders. Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (5th ed.)*. Arlington, VA: American Psychiatric Publishing.
- Del Pozo, J.** (2005). *¿Por qué aún el psicoanálisis en el siglo XXI?* Recuperado de: <http://www.foropsicoanaliticopaisvasco.org/Docs/JPozo.pdf>.
- Freud, S.** (1914). Recordar, repetir, reelaborar. En Strachey, J. (Ed.) y Etcheverry, J. L. y Wolfson, L. (Trads.), *Obras completas*, Vol. XII (149-157). Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- Freud, S.** (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En Strachey, J. (Ed.) y Etcheverry, J. L. y Wolfson, L. (Trads.), *Obras completas*, Vol. XIV (107-134). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Freud, S.** (1917). Duelo y melancolía. En Strachey, J. (Ed.) y Etcheverry, J. L. y Wolfson, L. (Trads.), *Obras completas*, Vol. XIV (237-254). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Gómez, M. A.** (2013). El lugar del sujeto en los nuevos ordenamientos del siglo XXI. En *El Acto analítico ante las desmesuras de la acción humana* (93-107). Puerto Rico: Foro del Campo Lacaniano de Puerto Rico.
- Lacan, J.** (1953). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Jacques Lacan: Escritos 1*. Argentina: Siglo XXI.
- Lacan, J.** (1959-60). *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.** (1962-63). *El seminario. Libro 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.** (1969-70). *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.** (1971-72). *El seminario. Libro 19. ...O peor*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.** (1974). *La dificultad de vivir*. Recuperado de: http://www.ffcle.es/files/Entr_lacan.htm.
- Lacan, J.** (1974a). La tercera. En *Intervenciones y Textos, 2* (74-108). Buenos Aires: Manantial, 1988.
- Lacan, J.** (1975-76). *El seminario. Libro 23. El sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- Real Academia Española, RAE.** (2001). *Acopiar*. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?w=acopiar&m=form&o=h>
Acumular. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?w=acumular&m=form&o=h> *Amontonar*. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?w=amontonar&m=form&o=h>
Retener. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?w=retener&m=form&o=h>
Tesoro. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?w=tesoro&m=form&o=h>
Tesoro. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?w=tesoro&m=form&o=h>
- Santiago-Lucerna, J.** (1999). ¿Por qué regresar al adicto?: Subjetividad y adicción en el capitalismo tardío. En *Actas del IV Coloquio-Adicciones* (26-33). Puerto Rico: Taller del Discurso Analítico.
- Soler, C.** (2008). El discurso capitalista. *Intervalo*, 0, 23-36.
- Soler, C.** (2010). Un plus de melancolía. *Intervalo*, 1, 61-80.
- Soler, C.** (2011). *Los afectos lacanianos*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Valls-Carol, E.** (2007). *Introducción a la primera Mesa. La herencia de las palabras: palabras que enferman, palabras que curan*. Barcelona: Acto.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article / Para citar este artigo (APA):

Santiago-Castro, I. (2016). "El Hoarding desde una mirada psicoanalítica. Hoard: el tesoro escondido". *Revista Affectio Societatis*, 13(24), 100-114. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>